

DIETER NOHLEN, FRANZ NUSCHELER (editores)

### Handbuch der Dritten Welt

(Tres tomos. Hamburgo: Hoffman und Campe, 1982. Tomo I: *Subdesarrollo y desarrollo. Teorías, estrategias, indicadores*. Tomo II: *Sudamérica*. Tomo III: *América Central y Caribe*)

El análisis y discusión sobre las causas del subdesarrollo y las estrategias de desarrollo es un fenómeno relativamente reciente en la Alemania Federal. En efecto, sólo a partir de los años setenta tal campo de estudio adquiere una fisonomía clara y una envergadura significativa, más allá de las iniciativas individuales de sociólogos, antropólogos o economistas de las primeras décadas después de la Segunda Guerra Mundial<sup>1</sup>. Los científicos políticos fueron, en verdad, los últimos en incorporarse a este campo del conocimiento y de la política moderna.

A diferencia de los países europeos con pasado colonial, que disponían de centros de investigación de sus respectivas regiones coloniales y que sirvieron de base a la formulación de teorías del desarrollo, en Alemania Federal los estudios sobre el Tercer Mundo, que en buena medida se entrecruzan con los del

desarrollo, surgen tardíamente<sup>2</sup>. Alemania Federal no tuvo colonias, aunque sí un fuerte desarrollo capitalista sobre la base de una posición dominante en el mercado mundial, con lo cual carece de tradición académica y de vinculaciones culturales y personales con los países del Tercer Mundo, como ocurre con Gran Bretaña, Francia, Holanda o los Estados Unidos.

Enseguida, concentrada en su propia reconstrucción económica, en su reintegración al mundo occidental después del nazismo y de la guerra que el Nacional Socialismo desencadenó y en definir un *modus vivendi* con los países del Este, especialmente la Unión Soviética, la pre-ocupación por las relaciones con los países del Tercer Mundo y, por ende, los estudios sobre el subdesarrollo y el desarrollo, no tuvieron un espacio institucional ni atención en el mundo intelectual.

<sup>1</sup> Para conocer un estado de los estudios de sociología sobre el Tercer Mundo en Alemania hasta fines de los años sesenta, véase B. FRITSCH (comp.), *Entwicklungsländer*. Köln: Kiepenheuer & Witsch, Neue Wissenschaftliche Bibliothek, 1969.

<sup>2</sup> Hay excepciones, como el manual y lexicon de los países en desarrollo editados por H. Besters y E. E. Boesch en 1966, y el libro de R. F. BEHRENDT, *Soziale Strategie für Entwicklungsländer*. Entwurf einer Entwicklungssoziologie, S. Fischer Verlag, Frankfurt am Main, 1965.

tual. La Iglesia Católica y la Iglesia Evangélica, por un lado, y las fundaciones de los partidos políticos, por otro, asumieron buena parte de las vinculaciones con los países del Tercer Mundo, especialmente América Latina, sobre la base de ayuda material y asesoría a proyectos locales<sup>3</sup>.

Con la declaración de las Naciones Unidas de la década del desarrollo a los años setenta y con el pleno reintegro de la República Federal al sistema internacional con la *Ostpolitik* de Brandt y Scheel se produce en Alemania Federal un amplio e intenso trabajo de investigación sobre los problemas del subdesarrollo y las estrategias de superación.

Esta preocupación *tardía* por el tema del desarrollo es importante considerar para entender las peculiaridades que asumió el debate en Alemania Federal<sup>4</sup>. En efecto, tal debate surge en los años setenta en el momento del auge de la teoría de la dependencia en América Latina, Estados Unidos y África, que es recibida por los académicos alemanes con el mismo deslumbramiento que encandiló a tantos analistas que estaban disconformes con la teoría de la modernización. El deslumbramiento alemán, a diferencia del norteamericano, tenía otras razones y que se encuentran en el rechazo generalizado a las posturas de los teóricos de la modernización, que habían construido sus teorías y paradigmas apoyándose en clásicos de la socio-

logía después de haberlos leído malamente. La manipulación de Max Weber por teóricos de la modernización es un buen ejemplo de esa actitud<sup>5</sup>. De allí que, una vez superado el encandilamiento inicial, los alemanes avanzan hacia un planteamiento más original que, tomando de la teoría de la dependencia lo que es rescatable, deja de lado su simplismo sobre el problema internacional, enfatiza la significación del estudio de las variables internas o nacionales y se esfuerza por formular teorías de alcance medio para resolver el drama del subdesarrollo.

La institucionalización *tardía* de los estudios del desarrollo en Alemania Federal tiene otra característica importante: ella no se institucionaliza en institutos especializados, salvo excepciones, sino que son científicos sociales y economistas que, habiendo iniciado una carrera académica sobre temas específicos de los países centrales, amplían su campo de interés con los temas del Tercer Mundo<sup>6</sup>. Es el caso de Senghaas, que de los estudios sobre la paz y el conflicto<sup>7</sup> se expande al tema del desarrollo<sup>8</sup>,

<sup>3</sup> La mejor crítica en este sentido la hizo un alemán que trabaja en Estados Unidos, Guenther ROTH, "Personal Rulership, Patrimonialism, and Empire-Building in the New States", en *World Politics*, 20/1968. El trabajo de Boeckh sobre la teoría de la dependencia en el primer tomo de la obra que comentamos aporta un excelente análisis e información sobre este tema.

<sup>4</sup> No existe en Alemania Federal un instituto autónomo dedicado a los estudios del desarrollo, como es el caso del Institute of Development Studies (IDS) en Gran Bretaña. Lo que sí hay institutos gubernamentales dedicados al tema desde una perspectiva de Estado y no referida a las posiciones de los Gobiernos alemanes de turno.

<sup>5</sup> D. SENGHAAS, *Friedensforschung und Gesellschaftskritik*. München 1970; *Abschreckung und Frieden*, Frankfurt/Main, 1969.

<sup>6</sup> D. SENGHAAS (comp.), *Imperialismus und strukturelle Gewalt*, Frankfurt 1972. En la tercera parte de este volumen, titulado en forma bombástica "Imperialismus:

<sup>3</sup> Los tres principales partidos de Alemania Federal tienen una intensa actividad con los países del Tercer Mundo: la Fundación Konrad Adenauer, de la CDU; la Friedrich Ebert, del SPD, y la Friedrich Naumann, del FDP. En los últimos años se ha incorporado la Hans Seidel, de la CSU.

<sup>4</sup> Nuestro énfasis en el desarrollo tardío de estos estudios es, parafraseando a Gerschenkron y sus estudios sobre el desarrollo industrial tardío de Alemania y sus diferencias con el inglés, *Economic Backwardness in Historical Perspective*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 1962.

o el de Nohlen y Nuscheler, que del estudio del parlamentarismo y las elecciones en Europa amplían su objeto de estudio a los problemas económicos y sociales de los países del Tercer Mundo<sup>9</sup>. Tal hecho tiene interesantes consecuencias para la institucionalización de este tema en la República Federal. En efecto, a diferencia de los *area specialists* en los países anglosajones, que dominan bien el campo empírico pero que tienen fuertes debilidades teóricas y metodológicas por concentrar el estudio sólo a un país o región tercermundista<sup>10</sup>, en Alemania Federal se intenta alcanzar una convergencia analítica y teórica sin incurrir en el parroquialismo tercermundista del cual no siempre se evaden los primeros. Un análisis comparativo implícito en sus análisis entre los fenómenos político-sociales en el Tercer Mundo y en los países centrales per-

mite a los alemanes evitar incurrir en las simplificaciones y en los reduccionismos de los *area specialists* que fundamentan al calor de un análisis de caso<sup>11</sup>. En ese sentido el desarrollo tardío de los estudios del Tercer Mundo en Alemania Federal ha podido aprovecharse del conocimiento acumulado y de las experiencias de otros para formular su propia postura.

Como se trata de un proceso tardío, los alemanes están lejos de haber alcanzado una posición enteramente satisfactoria. Los aportes teóricos no siempre son sólidos a nivel del análisis de la estructura social; la consideración de los factores políticos sigue siendo menor, al igual que los dependencistas y la preeminencia de una sociología política y una ciencia política orientada al análisis de la política y la sociedad sin tener adecuados instrumentos para entender los procesos de interacciones entre uno y otro sistema, termina por cansar al lector a través de la presentación de tablas no siempre muy claras en cuanto a su rigor como indicador de algo significativo<sup>12</sup>. Tampoco parece ser que la co-

Über die Dependenz der Satelliten" ("Imperialismo: sobre la dependencia de los satélites") con lo cual identifica la teoría de la dependencia con la teoría del imperialismo, lo que no es así en los dependencistas moderados como Cardozo y Furtado, y sí en Marini y Dos Santos, Senghaas presenta trabajos de T. dos Santos, O. Sunkel y C. Furtado, es decir, de las posiciones radicales y moderadas de la teoría de la dependencia. Senghaas introduce al alemán a los teóricos de la dependencia, aunque no traducéndolos del original, sino tomando trabajos de estos autores publicados en inglés y la contribución de Sunkel, escrita originalmente en castellano, es traducida del francés.

<sup>9</sup> D. Nohlen fue el redactor del proyecto de investigaciones sobre elecciones en Europa, publicado por D. STERNBERGER y B. VOGEL (eds.), *Die Wahl der Parlamente und anderes Staatsorgane*, Berlín: Walter de Gruyter & Co., 1969, y fue coautor del libro *Wahlen in Deutschland*, Berlín, 1971. Hans Nuscheler tiene un importante estudio sobre Bagehot y el parlamentarismo británico, *Meisenheim am Glan*, 1970, y numerosas monografías sobre parlamentarismo europeo.

<sup>10</sup> En esto nos apoyamos en G. SARTORI, "Concept Misformation in Comparative Politics" en *The American Political Science Review*, diciembre 1970, pp. 1033-1053.

<sup>11</sup> Este método corresponde al estudio de caso en perspectiva comparada de que hablan M. DOGAN y D. PELASSY, *The Choice of Countries in Comparative Research: Five Strategies mimeo* del coloquio "Understanding Political Society", Bad Homburg, 1981. Véase también H. ECKSTEIN "Case Study and Theory in Political Science", en el *Handbook of Political Science*, compilado por F. Greenstein y N. Polsby, Addison-Wesley, Reading, 1975, volumen 7.

<sup>12</sup> Faltan corrientes interpretativas ampliamente aceptadas por los científicos sociales alemanes, como hay "mainstream" en el mundo anglosajón y que permite una profundización de temas. Tal vez esto tenga que ver con la forma atomizada y segregada con que se institucionalizaron los estudios sobre el Tercer Mundo en Alemania y por la ausencia de instancias integradoras a nivel de las disciplinas o desde fuera de las universidades que hubiesen servido de fuerza centripeta. Ello conduce a la heterogeneidad en los análisis, como se demuestra en los subtítulos del

laboración con académicos del Tercer Mundo esté tan desarrollada como con sus colegas anglosajones, lo que limita la renovación de su material empírico y su conocimiento sobre los temas prioritarios en el mundo académico de los países del Tercer Mundo. Situados, además, en una difícil ubicación internacional, no pocos alemanes moderan sus críticas al orden económico internacional para no alimentar el molino de las críticas a los Estados Unidos y celosos de la *Ostpolitik* sus análisis del Tercer Mundo olvidan los mecanismos de penetración hegemónica de los países del centro socialista. En esto último, más por razones ideológicas que por consideraciones de Estado, también caracteriza los estudios del Tercer Mundo de los anglosajones.

La obra que comentamos, *El manual del Tercer Mundo*, es la mejor publicación aparecida hasta ahora sobre el tema del subdesarrollo y las estrategias de desarrollo en Alemania Federal. Constituye una obra de gran envergadura, en ocho tomos, que presenta, en el primer tomo, la parte teórica, y en los demás, los análisis de los países del Tercer Mundo agrupados por regiones<sup>13</sup>. Un estudio sistemático a cada volumen de región permite al lector identificar los elementos políticos y socioeconómicos más significativos e indicaciones empíricas le permiten ir al análisis de los países. Esta es una segunda edición, enteramente revisada y actualizada, de la publicación original de este *Manual* por los profesores Nohlen y Nuscheler, aparecida entre 1974 y 1978. Las diferen-

libro sobre América Latina compilado por Klaus Lindenberg, en el cual los distintos autores toman temas diferentes, usando enfoques muy diversos: "Lateinamerika, Herrschaft, Gewalt und internationale Abhängigkeit" ("Dominación, violencia y dependencia internacional"), Bonn: Verlag Neue Gesellschaft, 1982.

<sup>13</sup> Los tomos siguientes abarcarán África y Asia, que aparecerán en el otoño de 1982 y primavera de 1983, respectivamente.

cias entre la primera y la segunda edición expresan en buena medida la evolución del tema del subdesarrollo y las estrategias del desarrollo en la República Federal.

Tales diferencias se aprecian claramente en el primer tomo, pues el énfasis de la edición anterior por el tema de los indicadores de la primera edición cede paso ahora a temas sustantivos, como las diferentes teorías sobre el subdesarrollo, problemas sustantivos para la formulación de soluciones al subdesarrollo, y las teorías y estrategias de desarrollo. Se reúnen trabajos de académicos y funcionarios internacionales (Otto Matzke, ex director de la FAO, y Donald McGranham, ex director del UNRISD, de Naciones Unidas en Ginebra), y los académicos los hay de todas las posiciones teóricas (Dieter Senghaas, Andreas Boeck, Alfred Schmidt, Hartmut Elsenhans, Volker Matthies, entre otros, además de los trabajos de los editores). De la edición original no se ha mantenido nada, salvo la contribución de Elsenhans, pues ella ocupó buena parte de la discusión de los años setenta sobre las estrategias de desarrollo. Todos los artículos están escritos especialmente para este *Manual*, con la excepción del de Senghaas<sup>14</sup>, con lo cual el libro adquiere una significación considerable para el conocimiento del estado de los estudios sobre el desarrollo en Alemania Federal. Una amplia bibliografía, un glosario de términos sobre subdesarrollo y de organizaciones internacionales dedicadas al tema y un índice temático facilita el empleo para el lector corriente y no sólo al especialista. Como espléndido exponente de la ciencia social alemana sobre el tema del desarrollo, los trabajos del primer tomo no eluden las debilidades que anotábamos antes.

<sup>14</sup> Su contribución es sobre la teoría del desarrollo autocentrista y que constituye la posición de Senghaas en su propuesta para los países subdesarrollados.

Los volúmenes segundo y tercero están referidos a América Latina. El análisis de cada país sigue una estructura similar, que en la mayoría de los casos es respetada: antecedentes históricos, datos democráticos, sociales y económicos fundamentales, estructura económica y social, desarrollo político y perspectivas. Cada trabajo por país incluye numerosas tablas con datos muy actualizados y procedentes, ya sea de organismos de gobierno o académicos de los respectivos países o de los organismos internacionales (CEPAL, Banco Mundial, etc.). En la preparación de cada estudio por país se ha escogido a los mejores especialistas sobre el país, como Waldmann sobre Argentina<sup>15</sup>, Krumwiede para Colombia<sup>16</sup>, Nohlen para Chile<sup>17</sup>, Fleischman para Haití<sup>18</sup>.

Los trabajos por países, empero, tienen importantes variaciones en la profundidad de los temas económico-sociales y los políticos. El de Brasil, por ejemplo, es amplio en lo económico y salvo un breve resumen descriptivo de la «abertura» no trae nada sobre desarrollo político. El de El Salvador, por ejemplo, contiene demasiada información sobre las organizaciones guerrilleras y las organizaciones políticas de la «resistencia» (17

en total), sin decirnos cuál es la significación de cada una de ellas desde el punto de vista político y militar; el análisis histórico del Perú se limita más bien a hacer una pre-historia del «Gobierno de las Fuerzas Armadas» de los generales Velasco Alvarado y Morales Bermúdez, más que un análisis sistemático sobre las distintas fases y cambios políticos a lo largo de los siglos XIX y XX. Además, las escasas referencias bibliográficas que los autores hacen, guardan poca proporción con la abundancia de estudios sobre el Perú reformista después de 1968.

El libro, en lo relativo a los países latinoamericanos, viene a llenar un vacío enorme, pues se carece de trabajos de esta naturaleza que, yendo más allá de los artículos de las enciclopedias, resuman cuestiones informativas con criterios analíticos. Para los interesados en el estudio de América Latina, estos volúmenes son indispensables. Probablemente para el interesado en un país específico sea apenas una introducción, pero para el estudioso en perspectiva comparativa los trabajos por países son muy útiles.

La abundancia de datos, tanto en la introducción de cada volumen, especialmente el trabajo de Nohlen sobre Sudamérica, es también útil para el estudioso y para el lector más amplio que quiere saber algo más de América Latina que las crisis recurrentes que resalta la prensa de los países centrales, sean éstas las guerrillas y estallidos de violencia, o los incidentes con las islas Malvinas. La traducción al castellano de esta obra llenaría un vacío hasta ahora existente, a pesar de la proliferación de organismos regionales e internacionales y a los propósitos discursivos de países del centro mundial por estimular el desarrollo cultural de Iberoamérica.

CARLOS HUNEES

<sup>15</sup> P. WALDMANN, *Der Peronismus, 1943-1955*. Hamburgo: Hoffmann & Campe, 1974.

<sup>16</sup> H. KRUMWIEDE, *Politik und katholische Kirche im gesellschaftlichen Modernisierungsprozess. Tradition und Entwicklung in Kolumbien*. Hamburgo: Hoffmann and Campe, 1980.

<sup>17</sup> D. NOHLEN (Chile), *Das sozialistische Experiment*. Hamburgo: Hoffmann & Campe, 1973; *Feuer unter der Asche. Revolution und Reaktion in Chile*, Baden-Baden, 1974.

<sup>18</sup> U. FLEISCHMANN, *Aspekten der sozialen und politischen Entwicklung Haitis*. Stuttgart, 1971.

<sup>19</sup> Para el lector latinoamericano curioso y para los argentinos, el volumen trae un breve artículo sobre islas Falkland (islas Malvinas).

HERALDO MUÑOZ (editor)

**From Dependency to Development: Strategies to Overcome  
Underdevelopment and Inequality**

(Boulder, Colorado: Westview Press, 1981)

Pocos temas en las ciencias sociales tienen mayor actualidad que el estudio de las causas del subdesarrollo y las estrategias para su superación. El tema no es nuevo. Desde la creación de Naciones Unidas y el surgimiento de los nuevos Estados en los años cincuenta y sesenta, cientistas sociales, expertos de organismos internacionales, políticos, intelectuales, organismos de las Iglesias, etc., han analizado el tema y han emitido sus opiniones por escrito. Se han celebrado incontables conferencias internacionales para ocuparse de este tema, se han escrito volúmenes que pueden llenar bibliotecas enteras y centenares de institutos de investigación repartidos a lo largo del mundo se han dedicado o se dedican aún al estudio de este problema. Y cada vez es más dramático la existencia de la miseria y las profundas injusticias sociales, económicas, políticas y culturales en el Tercer Mundo. De allí que el tema mantiene una considerable actualidad. Los fracasos de las propuestas políticas y la simplicidad de muchos esquemas teóricos son un acicate a reforzar el estudio de las vías de solución a la miseria y la injusticia en el mundo.

Puede atribuirse a economistas y sociólogos latinoamericanos el haber comenzado con estos estudios a través de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina), organismo de Naciones

Unidas, fundado en 1949 y con sede en Santiago de Chile. Bajo la dirección del economista Raúl Prebisch se estudiaron las causas del subdesarrollo latinoamericano que sirvió de estímulo para estudios similares a otras regiones del mundo. Correspondió al economista chileno Jorge Ahumada el haber estudiado las causas «internas» del subdesarrollo latinoamericano y haber resaltado sus dimensiones estructurales<sup>1</sup>. Un grupo de brillantes cientistas sociales formuló una alternativa al subdesarrollo latinoamericano (el «estructuralismo») que, caricaturizado por sus críticos como «desarrollismo», fue una contribución importante para el estudio de América Latina y para fundamentar políticas económicas diferentes a las recetas monetaristas que estaban siendo propuestas por el Fondo Monetario Internacional<sup>2</sup>. Si alguna crítica fundamental puede hacerse a los «estructuralistas» no es su concepción

<sup>1</sup> El clásico estudio de Jorge AHUMADA fue *En vez de la miseria*. Santiago de Chile: Editorial del Pacífico, 1957.

<sup>2</sup> El «estructuralismo» ha sido rescatado por los economistas cuando ha vuelto el monetarismo. Véase el libro compilado por José MOLERO, *El análisis estructural en economía: Ensayos de América Latina y España*. México-Madrid: Fondo de Cultura Económica, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1981, especialmente los capítulos de Cardozo y Aníbal Pinto.

«desarrollista», sino: a) haber desatendido las complejidades políticas que genera la aplicación de sus recetas y que se pusieron de relieve durante el Gobierno de Eduardo Frei en Chile (1964-1970), y b) haber desatendido el aspecto estructural externo<sup>3</sup>.

Fueron colegas de Prebisch, y siguiendo su concepción de «centro-periferia», los que abordaron el segundo aspecto: el tema de la dependencia externa. El sociólogo brasileño Fernando H. Cardoso acometió esta tarea con singular brillo, abriendo el camino al desarrollo de la teoría de la «dependencia». Esta teoría tuvo mayor difusión que la «estructuralista». En efecto, surgió en una época —mediados de los años sesenta— en que la problemática del subdesarrollo se hacía más internacional por la presencia de los países africanos; los estudios del desarrollo en Estados Unidos y Europa estaban más institucionalizados que en la etapa de la postguerra y había mayores recursos para estudios en ciencias sociales. Difundida al mundo, fue asumida por intelectuales y políticos como la respuesta más adecuada a los problemas, y bajo la pluma de algunos entusiastas fue convertida en una panacea<sup>4</sup>. En ese momento fue una alternativa a la teoría de la modernización formulada en los Estados Unidos desde los años cincuenta y que era, junto con el «monetarismo», el fundamento teórico de los programas de ayuda al desarrollo (*Alianza para el progreso*, por ejemplo)<sup>5</sup>.

Tampoco los «dependencistas» encarraron la dimensión política del subdes-

<sup>3</sup> Las reflexiones políticas de un economista estructuralista a la luz de la experiencia del Gobierno de Frei se encuentra en el excelente libro del ex ministro de Hacienda y colaborador de Jorge Ahumada, Sergio MOLINA, *El proceso de cambios*. Santiago, 1972.

<sup>4</sup> Los trabajos del historiador económico André G. Frank son los más claramente sacralizadores de esta corriente.

<sup>5</sup> Véase el artículo de Arturo y Samuel Valenzuela en el libro que comentamos.

arrollo latinoamericano, sino más bien, como señaló Tilly, formularon una teoría de la dependencia económica<sup>6</sup>.

Ha transcurrido el tiempo y dramáticos acontecimientos políticos han colocado un manto de miseria y dolor en América Latina y el avance del pensamiento social no ha sido tan rápido como la realidad. Algunos de los teóricos de la corriente «estructuralista» o «dependencista» han estudiado críticamente sus posiciones y se han aventurado en nuevas vías de investigación y de propuestas políticas. Cardoso es un buen ejemplo con su estudio de «un otro desarrollo»<sup>7</sup>. Otros, que han tenido una larga vinculación con la labor internacional en CEPAL y los institutos vinculados directa o indirectamente a ésta (Institute of Development Studies en Sussex, Inglaterra), han seguido en sus tesis iniciales. Súnkel es un ejemplo de esto<sup>8</sup>. Finalmente, muchos intelectuales, provenientes de la actividad propiamente universitaria e incluso estudiosos de la «política interna», se desplazaron al estudio de los fundamentos «externos» del subdesarrollo (Gustavo Lagos, Arturo Valenzuela)<sup>9</sup>. El aporte de universitarios ha consistido en atenuar el sesgo tecnocrático y consensualista que suele

<sup>6</sup> Charles TILLY, «Western State-Making and Theories of Political Transformation», en el libro editado por él mismo: *The Formation of National States in Western Europe*. Princeton: Princeton University Press, 1975, p. 628.

<sup>7</sup> Para esto véase el trabajo de CARDOZO *El desarrollo en capilla* en el libro compilado por Molero, citado en la nota 2.

<sup>8</sup> Súnkel contribuye con el mismo artículo en el libro de Molero citado en la nota 2 y en el que comentamos.

<sup>9</sup> Gustavo LAGOS, *International Stratification and Underdeveloped Countries*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press, 1963, un estudio pionero de los problemas de la dependencia económica y política; Arturo VALENZUELA ha escrito el excelente capítulo de Chile en el libro de J. J. LINZ y A. STEPAN (eds.), *Breakdown of democracies*. Baltimore: John Hopkins University Press, 1978.

predominar en los informes internacionales y en los documentos de los expertos. Asimismo, intelectuales del Tercer Mundo han planteado propuestas políticas de hacer uso político de sus recursos naturales para conseguir condiciones económicas frente a los países del centro capitalista y socialista.

El profesor Heraldo Muñoz, del Instituto de Estudios Internacionales de la Universidad, acometió la tarea de compilar un volumen sobre el problema del subdesarrollo y las estrategias de solución. Muñoz acometió esta compleja y ambiciosa tarea desde la perspectiva de la dependencia y con contribuciones de dependencistas, con lo cual en el volumen «no están todos los que son» reputados autores del tema de alternativas a la miseria; y, como todo volumen colectivo, cabe la sospecha de que los autores «no son todos los que están».

El libro contiene 14 contribuciones, agrupadas en tres secciones: el marco y objetivos de la teoría de la dependencia; nuevos temas en la teoría de la dependencia, y «venciendo la dependencia: estrategias escogidas». Una parte de los artículos han sido publicados y otros son inéditos. La lista de autores es amplia, reuniendo especialistas de todos los continentes.

Las contribuciones son dispares en su actualidad (Wallenstein publicó su artículo a comienzos de los años setenta) y de su calidad (el de Osvaldo Súnkel es más bien un informe de un proyecto de Naciones Unidas que un trabajo académico, pues no dice nada nuevo ni aporta nuevas estadísticas en sus tablas, no siempre construidas a partir de buenos indicadores). Lo interesante del volumen es la inclusión de politólogos (Arturo y Samuel Valenzuela, Gustavo Lagos, Heraldo Muñoz y James A. Caporaso), pues hasta el momento la temática del subdesarrollo ha sido dominada por economistas, algunos de los cuales especulan sin éxito en los temas

sociales y políticos. Los politólogos enfatizan el problema hasta ahora desatendido por los dependencistas: el tema político propiamente tal. Muñoz introduce el tema de la «dependencia estratégica» y Lagos hace una contribución teórica sobre la revolución en América Latina, sobre la base del «ser» y no del «tener». Valenzuela, junto a su hermano Samuel, presenta un análisis comparativo de la teoría de la modernización y la teoría de la dependencia, con interesantes críticas, aunque con menos sugerencias concretas de superación de las debilidades que ven en la segunda.

Una contribución de Cardozo sobre «otro desarrollo» sirve para demostrar la permanente renovación del sociólogo brasileño, que es una excepción en el campo de las ciencias sociales latinoamericanas. En efecto, no es difícil encontrar repeticiones de tesis muy antiguas referidas a realidades muy complejas y que han cambiado profundamente y después de experiencias históricas que han puesto en tela de juicio sus propuestas originales. En el libro que comentamos esto se ejemplifica con la contribución del mejicano Rodolfo Stavenhagen, quien nos vuelve a recordar que el futuro de América Latina es o seguir en el subdesarrollo o hacer una revolución. Como él la entiende, parece ser que sólo una revolución socialista-marxista es viable, en la cual a nivel político sólo le preocupa la «movilización de masas» y no las libertades públicas y el pluralismo político. La constante evolución de Cardozo puede deberse a su experiencia política concreta de la política semicompetitiva en el Brasil y su acción en favor de un proceso de democratización y no sólo la acción meramente intelectual, que muchas veces está muy lejos no sólo de la realidad, sino de los intereses de los estratos sociales que se dice interpretar.

El libro contiene también contribuciones de funcionarios de organismos inter-



nacionales (Mahbub ul Haq, del Banco Mundial) por la importancia que diversas organizaciones juegan en las políticas de desarrollo. Por lo demás, pocos de los universitarios que investigan este tema no han servido en algún momento a algún organismo internacional. La capacidad co-optativa de éstos es enorme y su influencia en el desarrollo de las alternativas críticas y renovadoras se hace sentir, pues se enfatizan los enfoques globalizadores (región en su conjunto en vez de análisis de las variaciones entre los países y la consiguiente necesidad de diferenciar las recetas) y la tendencia consensualista implícita (para satisfacer las exigencias de los representantes gubernamentales desde dictaduras hasta democracias avanzadas).

El libro tiene la peculiaridad —buena o mala, el lector juzgará— de estar recargado de *Stars* (Jan Tinbergen, I. Wallenstein, Joan Galtung, por citar algunos), lo que demuestra una eficaz labor del compilador, especialmente si se repara en que trabaja en una universidad estatal de un país bajo régimen autoritario. Sin embargo, la presencia de *Stars* —faltó incluir a Dieter Senghaas<sup>10</sup> y la lista hubiese sido completísima— no asegura siempre alta calidad de los trabajos, especialmente si los leemos con espíritu crítico y no de simple admiración por el prestigio del autor.

Desde el punto de vista del enfoque de la dependencia el libro es interesante

<sup>10</sup> Dieter SENGHAAS, *Welwirtschaftsordnung und Entwicklungspolitik. Plädoyer für Dissoziation*. Frankfurt: Surkham Verlag, 1977.

no sólo para quienes comparten esa corriente como alternativa necesaria y suficiente para explicar el subdesarrollo y salir de él. Sin embargo, tenemos la sospecha que, a la luz de ciertas contribuciones y especialmente la del compilador mismo, el modelo necesita tantas correcciones para adquirir plausibilidad que tal vez sea más simple buscar otra alternativa al desarrollo<sup>11</sup>. En esta otra alternativa, el problema de la dependencia es un componente importante, pero no el único, pues los factores internos son fundamentales para explicar el origen y el futuro de los países subdesarrollados. Ese modelo está aún por definirse. Para ello será menester ir más allá de esquemas globalizadores que ya han mostrado muchas insuficiencias, para elegir un esquema integrado, multidimensional y multicausal de variables internas y externas, de factores políticos, sociales y económicos.

CARLOS HUNEUS

<sup>11</sup> Muñoz hace un interesante análisis del alto poder negociador de América Latina hacia los países del centro capitalista a través del control que aquéllos tienen de recursos estratégicos. Muñoz demuestra que la dependencia es una relación bilateral y no sólo de una vía, pues los países del centro también son "dependientes" de los subdesarrollados. Creo que el autor aplica el mismo término a una realidad diferente y que se refiere a que los países periféricos tienen una alta capacidad negociadora potencial ante los países centrales. Esto no significa que los países del centro sean "dependientes", sino tan sólo que están integrados a un sistema y en cuanto tales tienen posiciones vulnerables.

XAVIER RUBERT DE VENTÓS

**De la modernidad**

(Barcelona: Península, 1980)

Muchas son las causas por las que el ser humano decide ponerse a escribir y variadas las coartadas con las cuales justifica el oficio de pensar. Para Rubert la teoría es el medio de escapar de su propio caos, de exorcizar sus demonios tanto en lo que se refiere al saber como a la vida que, al cabo, vienen a coincidir al decir ya de los griegos, viejos maestros en estas disputas.

Pero ¿a qué se debe esa desazón, esa inquietud que sirve de estímulo del pensar? Pues nada menos que a lo que podríamos llamar el síndrome de la modernidad, esto es, a una cultura que crea sujetos desajustados con su entorno en el que se sienten progresiva e irremisiblemente perdidos. Así, con un tono heroico y un punto romántico, Rubert define la teoría como la respuesta agónica ante un medio que se vive como un imponente obstáculo.

*De la modernidad* es una crítica feroz de lo que su autor llama el «Imperio del Sentido» (parafraseando irónicamente cierta película que, por servir de pasto de sesudos análisis al hilo de ciertos mentores de la intelectualidad al uso, es un excelente ejemplo de lo que aquí se trata), de una realidad donde los objetos pierden su inocencia para acabar convertidos en signos, donde toda conducta es desprovista de su espontaneidad porque se incluye dentro de un entorno psicologizado. En esta realidad

hipersemantizada toda conducta tiene un sentido que se escapa al control de su dueño desde el momento en que se inscribe dentro de un código universal que prevé toda actitud, toda acción y que anticipa toda reacción. Es el renacer o, más exactamente, el despliegue del idealismo en toda su grandiosa y sofocante extensión: «Un nuevo fantasma recorre Europa: el idealismo. Las cosas se nos van convirtiendo en ideas o mensajes al tiempo que las teorías e ideologías van precipitando en condiciones objetivas de existencia. Y como consecuencia de esta fusión de lo físico y lo semántico, la materia prima de la experiencia —la realidad no procesada o interpretada aún— va haciéndose más y más escasa. Como con la energía, el uso o la explotación indiscriminada del sentido parecen estar agotando sus fuentes. El sentido de las cosas no aparece ya como resultado, sino como procuración de esta experiencia: *el* sentido va introduciendo así la perversión en *los* sentidos» (p. 10).

La modernidad no es objeto de estudio fácil de domeñar. Precisa de una metodología radicalmente subjetiva que conlleve una implicación total con el tema al que se llega «por afinidad con la cuestión». Así, Rubert va a hacer «fenomenología», es decir, va a acometer la tarea de analizar la modernidad a partir de la vivencia que sus sujetos tienen de ella. Desde esta perspectiva, el sujeto

de esta aventura se define como «lugar de encuentro» o «locus» de estructuras subjetivas, «coyuntura» o superficie lábil donde actúan los diferentes niveles de conocimiento (perceptivos, instintivos, morales...). En este «yo residual» un sujeto estético más que teórico (que ya se sabe los desmanes de quien pretende nada menos que *fundar* conocimiento, llámese *cogito* cartesiano o *legislador* kantiano) que mantiene una tensión superficial con un mundo que no quiere agotar sino descubrir a través de un leve roce que excluya, en la medida de lo posible, al temible sentido.

En la línea del último Foucault (en concreto el de *Historia de la sexualidad*), Rubert describe este Reino del Significado como sistema agobiante que exige que todo discurso se haga explícito y que induce al desvelamiento universal identificando claridad con salud y confusión con cura. Así, la cooperación social exige una nueva «comunidad de los santos» a través de una previa aceptación de la lógica semiológica que, en su empeño por entenderlo todo como lenguaje, impregna el mundo de sentido.

Todo esto puede parecer en exceso abstracto y, lo que sería peor, se puede acusar a Rubert de caer de lleno en lo que critica, es decir, en «dar liebre por gato», sobre todo a los ingenuos lectores que esperen encontrar un estudio sistemático y de lectura lineal que critique el espiritualismo que impregna «la política y la información, el erotismo y la cultura», tal como reza la propaganda del libro. Porque *De la modernidad* es eso, pero además es un ácido diagnóstico de la cultura moderna (del marxismo al estructuralismo, pasando por lo que se podría llamar teoría de la disidencia) a través de una crítica de su característica común: el llamado Idealismo del Sentido que supera la osadía de su inmediato predecesor, el Idealismo de la Razón y que, lejos de contemplar el mundo como hacía éste, lo «coloniza» anticipando la

experiencia y arrebatando al sujeto su potencial capacidad creativa.

Pero si la semiología es la ciencia del sentido por excelencia por su empeño en entender todo acontecer como texto, la cosa viene de lejos. Volviendo la vista atrás, hemos sido testigo de cómo las propuestas de los grupos disidentes (ecologistas, feministas, homosexuales...) que reivindicaban la diferencia (la Naturaleza, la Mujer, el Deseo...) como nueva Verdad, han sido reconducidos por la senda del Sentido por caer en la trampa de buscar ansiosamente nuevos sujetos de la historia, nuevos protagonistas de la vida con mayúsculas. Salvando las distancias y manteniendo el respeto por los gigantes del pensamiento occidental moderno, Marx y Freud se hicieron eco también de esta tradición idealista construyendo sendos paradigmas que explicaban, desde lo social o lo inconsciente, respectivamente, todo acontecer humano. Se había producido lo que llama Rubert la «encarnación íntima».

Para no abrumar al lector tocando los múltiples temas que este libro exhaustivo trata con desigual dedicación y profundidad (no se puede pedir claridad de manual a un texto que lo mismo se extiende sobre la mitología griega —para demostrar que el Amor puede más que el Deseo, a riesgo de irritar a los seguidores de los filósofos *à la page* de hace unos años—, que arremte contra la inanidad teórica de los críticos de Gulag o que intenta rastrear el origen y desarrollo de este moderno idealismo, remontándose nada menos que a la filosofía ilustrada), voy a pasar sobre la cuestión del nuevo «malestar de la cultura», producto de nuestra modernidad.

Dice Rubert, y dice con razón, que si el pudor del cuerpo surge al verse éste expuesto a los sentidos, el del alma surge cuando todo aparece entregado, rendido al Sentido. En tanto que «sentimiento» de quererse ocultar de una objetividad disfrazada («... en todas partes

me daban liebre por gato: pedía un libro y me ofrecían una Obra, necesitaba un método y me enseñaban una Metodología, quería un país y me encontraba en un Estado, me bastaba un pene pero ellos me aseguraban que yo tenía nada menos que un Fallo —'el elemento constitutivo (decían) del orden simbólico y cultural'—», p. 9), el pudor es una reacción defensiva de un entorno vivido como peligro. En un mundo en el que todo ser ingenuo, todo comportamiento espontáneo, todo hecho casual es inmolado al Código, la transparencia no sólo es peligrosa, sino que deja de tener, valga la irónica redundancia, sentido. El pudor es, pues, la defensa de un sujeto que se vuelve progresivamente privado pero que, lejos de hacer de su intimidad un espacio creativo, un lugar de libertad, se disgrega en una serie desarticulada de roles complementarios que no deben entrar en conflicto: «Decíamos que el pudor aparece cuando se teme o se siente una presencia demasiado 'sabia' que nos analiza a fin de aprender a estimularnos sin necesidad de pasar por nuestra conciencia o voluntad: para hacer de nosotros buenos consumidores, valerosos soldados, cómodos amantes o fervientes patriotas (...) Lo único que no puede permitirse es apelar a nuestra personalidad global: de ella conseguirían respuestas más o menos aleatorias, nunca los reflejos automáticos que pueden arrancarse a cada una de nuestras 'teclas' directamente estudiada y estimulada como una facultad particular» (páginas 96-97).

Pero esta pérdida de la unicidad de un sujeto que ve volatilizada su personalidad, que debe ser convertido en un mecanismo presto a responder a los más variados estímulos o en un haz de imágenes que reflejan el sistema simbólico general, se ve compensado por una nueva ganancia, el «entorno personalizado», tema aludido en distintas partes del libro analizado (de hecho, el desorden de

las citas y de nuestro propio discurso no es más que un reflejo del de un ensayo tan fascinante como profuso como el que tenemos entre manos). Es fácil de ver la especial irritación que le producen a Rubert algunas de las modernas ciencias humanas que generan toda una «industria de relaciones» en la cual la existencia de los individuos se valora según unos estándares (de satisfacción sexual, de desenvolvimiento social, de éxito profesional...) a seguir so pena de caer, de lo contrario, estigmatizado y de entrar en el mercado de instituciones curativas donde el psicoanálisis es el lenguaje dominante. Pero también la semiología, la psicología social o la sociología arriman su ascua a la sardina de un entorno personalizado en el que el individuo se convierte en «carne de encuesta» y ha de reconocerse no en su originalidad que nada vale a la hora de valorar o cuantificar tendencias colectivas, sino en su posición grupal o estadística. Así, lo personal se ha desplazado de lo individual a lo general, del sujeto kantiano definido por la autonomía de la voluntad a la opinión pública que Rousseau juzgaba como fuente de insolidaridad y espejo de la corrupción general.

De todo lo anterior se deduce una determinada cultura propia de la modernidad que, para decirlo pronto (y siguiendo a autores como C. Lasch y R. Sennett, entre otros), podemos denominar como narcisista. Dos son las características principales, según Rubert, de esta cultura: en primer lugar, la de ser posesiva, es decir, el hecho de que se considere la cultura como un objeto a consumir pasivamente y de forma imperativa (¿quién no ha aludido alguna vez a películas que «hay que ver», quién no ha caído en las modernas garras de la afición taurina, de los placeres de la mesa o de la novela negra?); en segundo lugar, la de ser instrumental, es decir, de constituirse como medio principal de autorreferencia de un individuo, de un

grupo, de una cultura. Esto es lo que nuestro autor llama «el Museo Imaginario»; «... las obras de arte de nuestra cultura devienen el campo de proyección de nuestras categorías. La verdad de la máscara africana o de la estatuilla azteca está en nuestra recuperación o en nuestra lectura: en sí mismos no son más que el lugar de ejercicio de nuestra competencia hermenéutica» (p. 120).

Esta cultura-obstáculo es un objeto que el individuo de la modernidad utiliza a su conveniencia y con la cual establece una relación distante, sin implicación vital alguna, que va del afán por su posesión a un rechazo radical, fruto de un pueril desencanto: «Y como contrapunto de este honesto y aplicado deseo de saber surge la actitud cínica, de vuelta o resabiada, que sabe que una idea vale lo que la otra y que no hay por qué agobiarse con ninguna» (p. 130).

Dentro de este necesariamente breve y quizá algo abstruso repaso de los temas más destacables de nuestra modernidad, una ligera alusión a la cuestión del Poder. Tras los pasos de algunos de los grandes del pensamiento francés (J. Baudrillard, M. Foucault...), Rubert no «analiza» la política sino que la describe en su discurso, la indaga en su arqueología. El poder es así, principalmente, el supremo redactor del Sentido: lo dicho se integra en el mercado de los signos, lo no dicho se fuerza («curadición»): «El primer gran mecanismo de control es, pues, la impregnación por el sentido: la promoción de toda experiencia personal o aleatoria en el seno de la palabra. Con lo que se consigue a la vez, y con el mismo golpe, evacuar y suplantar el núcleo irreductible de la experiencia. En este sentido que el poder político opera como el censor de aquel núcleo entre inconsciente y reticente del individuo en el que, según vimos, reside a la vez su libertad y su dignidad, su elegancia y su peculiaridad» (p. 200).

Por todo ello y volviendo a las viejas nociones, parece que el sujeto que más conviene a este poder latente y panóptico, moderno *voyeur* secular, es la «masa óptima», mezcla de apetencia e indiferencia cuya existencia se demuestra no por su poder de reivindicación, sino por su capacidad de negociación. Así, la masa de la modernidad cambia libertad por seguridad o bienestar, justicia por desarrollo y negocia participación política por voto y, en último extremo, acepta la transformación de lo social en mero espectáculo. Pero ése es otro tema.

Pero, se dirá, ¿qué hacer con este desbordamiento del sentido, con esta modernidad empalagada de lingüística, de psicoanálisis, de semiología, con esta «filosofía culinaria» que cocina un mundo repleto de ideas para todos los gustos? Y en ese punto Robert no calla, sino que esboza alternativas. De entrada ya al principio del libro, advierte que su metodología subjetivista no supone una llamada a la intimidad que, a pesar de ser fuente de dignidad y humanidad, en tanto que espacio de defensa del yo, puede serlo también de patología si se entiende como exceso, como reducto espacial que conlleva el abandono de lo social, del ámbito de lo colectivo: «La experiencia de la que yo hablo es antes una experiencia epidérmica que anímica, una reacción alérgica antes que una visión íntima (...) Lo que aquí se defiende no es sino un enfoque que efectivamente *sobrepase* lo individual, es decir, que *pase por él sin quedarse en él*, que aproveche su experiencia sin hacer de ella una substancia» (p. 41).

En efecto, más adelante vuelve a decir que la intimidad es un instrumento de control social, que el moderno culto a lo privado no es más que un medio de represión que induce a abandonar la esfera pública a través, entre otras cosas, de la promoción (y aquí tenemos a la psicología cabalgando de nuevo bajo formas tan variadas como los grupos de

encuentro, la expresión corporal y de más lindezas modernas) irracional de formas de sociabilidad más y más estrechas. Siguiendo la línea teórica de Sennett en *El declive del hombre público* (y aludiendo a autores que han tratado este tema del desplazamiento de interés de lo público a lo privado, tales como Touraine, Slater, Pawley y Leach), Rubert denuncia las consecuencias desmovilizadoras de una cultura que pretende perder las referencias globales y de una teoría para la cual toda carencia, toda dificultad, en vez de ser vista como consecuencia en cierto modo inevitable del roce social, se define como problema que se revierte al cuidado de unos especialistas. En este nuevo calvinismo laico toda responsabilidad es estrictamente individual y toda toma de postura colectiva pierde sentido: «La realidad aparece de este modo como una cuestión de sentimientos o sensaciones, de relaciones y negociaciones personales, con lo que el tema del cambio social desaparece a favor del tema del carácter, dejando en cualquier caso intacta la estructura de dominación» (p. 260).

Junto con esta repulsa de la ideología de la intimidación hay en Rubert un paralelo repudio por la cultura de la modernidad: frente a la actitud rígida, defensiva y etnocéntrica propia del sujeto narcisista, él aboga por una sensibilidad abierta propia de un «observador interesado» en descubrir diferencias, en palpar resistencias, en flotar en el encuentro, siempre apasionante, entre el yo y el mundo. En esencia, frente a la concepción de la cultura como objeto de consumo, Rubert se hace eco de la definición platónica: «Cultura como proceso

de nuestra relación con las cosas, con los otros y con nosotros mismos» (p. 162).

Si el idealismo entendía el poder como verdad o esencia (y ya se sabe que, según decía Pascal, «nunca se hace el mal tan llana y alegremente como cuando se hace por principios», citado en p. 201), por si se vuelven a repetir los excesos, que nunca son buenos, Rubert prefiere apuntarse a un poder que se defina no por su esencia sino por su apariencia, no por su alcance omnipotente sino por su precisa limitación de ámbitos y funciones; por un poder, en suma, entendido no como naturaleza sino como convención: «... como equilibrio de fuerzas y no como formación de virtudes, como artificio y no como verdad, como remedio y no como utopía» (p. 201).

Del mismo modo que Sennett (*op. cit.*) reivindicaba para la vida social la distancia, la formalidad y el rito, propios del mundo público de la Ilustración, Rubert apela a la recuperación del planteamiento de Kant que proponía un sujeto «poético» (esto es, que concibe el mundo como acción personal que *legisla* o da sentido a las cosas) pero de «responsabilidad limitada» (responsable no de la existencia de la realidad, sino de su ordenamiento, realidad cuyo conocimiento tiene siempre un límite).

Así, con esta apuesta por lo formal, por la clara primacía de la forma sobre el contenido, de la apariencia sobre la esencia, de la contingencia sobre la necesidad..., la modernidad tal vez pueda conformar un mundo más humano donde lo privado y lo público no se polarizasen, donde no existiese la vieja oposición entre transparencia y obstáculo. Quizá...

HELENA BEJAR

J. P. BRIAND, J. M. CHAPOULIE

**Les classes sociales: Principes d'analyse et données empiriques**

(París, Ed. Hatier, 1981, 128 pp.)

Este librito que comienza con una especie de reflexión teórica sobre el concepto de clases sociales, se desarrolla y termina como un manual para estudiantes e investigadores. Lo que gana en utilidad práctica para quienes colaboren en encuestas sociológicas y psicológico-sociales, lo pierde en la labor de profundización del concepto de clase social. Y la cuestión fundamental que quedaba planteada desde el principio, a saber, cuáles son los referentes empíricos del concepto de clase social y cuál es el lugar de este concepto en el análisis sociológico, queda respondida sólo a medias; lo que el texto hace es enumerar una serie de precauciones y de orientaciones respecto a la pertinencia de los indicadores que suelen ser usados cuando se estudian comportamientos que se diferencian por clases sociales.

La importancia de estos manuales es que suelen ser devorados e interiorizados por el personal que trabaja en centros de encuesta y de investigación. Cuando no somos nosotros quienes hemos formado, teóricamente, a este personal, sino que lo contratamos para un trabajo de campo específico, o para la colaboración ulterior en la codificación y análisis, nos encontramos con un conjunto de clichés cuya adecuación, o no adecuación, a nuestro plan teórico, pone un problema. Los encuestadores y/o los codificadores vienen con unas nociones

que son aparentemente universales, objetivas e insertables en cualquier modelo teórico. Pero este supuesto de compatibilidad universal no responde a la verdad científica, en particular en los casos en que queremos llevar a cabo una investigación rigurosa y de un cierto nivel teórico. Por propia experiencia, sabemos que en no pocos casos hay que empezar por aclarar a los investigadores en qué cuadro teórico o epistemológico se insertan las nociones que ellos creían universales, y en qué medida coinciden (o no) con nuestro propio planteamiento.

El texto de Briand y Chapoulie ofrece a sus lectores una información considerable sobre un conjunto de criterios de diferenciación social. Está claro desde la introducción que el tema de las clases forma parte de otra temática más vasta que está constituida por las desigualdades sociales. Por algunos enunciados que emergen a lo largo del libro, parece que los autores se atienen a un concepto de clase social que hace más bien referencia a propiedades de la acción social (comportamientos) que a atributos de grupos o agregados de individuos. La pertenencia a una clase social sería en este caso un resultado más que un atributo ascripto. Dado el énfasis con que están expuestas las distinciones entre la noción común de clase y las categorías estadísticas o funcionales de la división social del trabajo (pág. 69 y siguientes,

en particular el cuadro de la pág. 71), se deduce que una clase social no puede ser en ningún caso un agregado de determinadas categorías socioprofesionales; en el cuadro citado se dice que carece de sentido la cuestión de los «efectivos» de una clase. Pero esta interesante línea de análisis y de conceptualización no ha sido seguida y profundizada en todo su rigor. En la Introducción aparece ya de entrada el problema del abordaje de las clases: o bien su referente empírico son características (atributos) de los individuos, o bien son comportamientos; o bien son diferencias (desigualdades en la posesión de características) o son conflictos. En la vida social todo esto se halla mezclado, en la síntesis de múltiples determinaciones (para emplear la expresión de Marx), pero analíticamente es necesario distinguirlo. El principal reproche que puede hacerse al texto es que si bien la demarcación entre clase social y agregados de categorías socioprofesionales se halla trazada con bastante claridad, la demarcación entre clase y status (que es un tema fuerte en Weber) ni siquiera se halla aludida. Así vemos que concurren en el análisis de comportamientos de clases, atributos o propiedades como el poder, la autoridad, la relación con instituciones y organizaciones políticas y sociales, y los estilos de vida o comportamientos culturales, que son más bien referentes empíricos para el concepto analítico de status que para el análisis de clase. El libro de Briand y Chapoulie nunca despeja esta ambigüedad. El material empírico utilizado concierne sobre todo a la distribución de la población en la estructura socioeconómica, con lo cual ocurre que la especificación de los soportes de los status respecto de los soportes de las clases, tampoco se produce al nivel de ese material. Por lo que atañe a comportamientos, algunos de los ejemplos son cierta y genuinamente pertinentes para conflictos de clase, en tanto que otros

nos reenvían de hecho a diferenciaciones *de roles*. Lo que se echa de menos en el texto es precisamente una explicación de por qué los conceptos de *status* y de *rôle* son insuficientes para agotar las diferenciaciones tanto de atributos como de comportamientos. La concepción que tienen los autores del análisis sociológico, el cual «se apoya principalmente sobre la observación de los comportamientos *individuales*» (*sic*, pág. 74, subrayado en el original) tiene bastante que ver con este problema. Si su concepción de la sociología hubiese estado menos próxima de la psicología social, entonces hubieran podido ampliar las bases políticas e históricas del concepto de clase social. La lectura de su texto me confirma en la convicción de que este concepto tiene su pertinencia en el análisis político y en el análisis del cambio histórico; por tanto, es más fructífero y relevante para la investigación en el largo plazo y en los momentos de crisis o polarización política, que lo es para análisis estructurales estáticos de una sociedad o para el estudio de comportamientos *individuales*.

La suposición de que todos los individuos de una población tienen una inclusión en alguna clase social (p. 72), conduce inevitablemente al callejón sin salida de los «efectivos» de cada clase y al carácter hereditario de las clases para la mayoría de sus miembros. La reproducción *social* se asocia entonces a la unidad social fundamental de los procesos de reproducción de la *población* y de la *cultura* (en el sentido etnológico), esto es, la familia. Es obvio que esa orientación de análisis camina en el sentido opuesto al del análisis político y del cambio histórico. Conviene que se llegue un día, y pronto, a romper esta confusión de las clases con otros entes sociales. Los sistemas de parentesco pertenecen a un orden lógico e histórico distinto de las clases sociales. En este sentido, todas las referencias que hay en



el libro a la familia, el parentesco, la herencia, etc., creo que son introductorias de confusiones.

Hecha esta crítica, hay que señalar que el texto de Briand y Chapoulie contiene muchas cosas de interés. En la página 25 se dice, correctamente, que los esquemas de Marx para definir el modo de producción capitalista son sobre todo pertinentes para las relaciones *de producción* (y esto no es una tautología); las relaciones de circulación y de intercambio, tan desarrolladas en el capitalismo avanzado, desbordan las dicotomías fundamentales del modo de producción. En las páginas 46 y 47 se hace una descripción que hubiese sido posible extender, y que es asimismo importante, de las relaciones entre grupos sociales y partidos políticos, y se alude a la capacidad de los dirigentes políticos de modificar las relaciones de clase (por la vía de las estrategias de partido no contempladas por las bases electorales de los partidos). Todo lo referente a la movilidad social es también de gran interés, aunque no afecte de modo directo a los comportamientos de clase.

Falta en el texto un pequeño resumen histórico del concepto moderno de clase, desde que éste aparece en Inglaterra en los alrededores de 1770 hasta su actual tecnificación y especificación. Las referencias centradas sobre Marx, en el

primer capítulo, dan al estudiante la impresión de que el tema de las clases está indisolublemente unido a la teoría marxista, en cuanto excluido de las demás teorías (o ideologías). No hay tal monopolio marxista sobre los conflictos de clase, de los cuales eran muy conscientes los liberales en el siglo XIX y los pensadores de fines del XVIII. Lo importante del concepto marxista de clases sociales es que no se reduce (como entre los liberales) a los intereses económicos de clase (o de grupos determinados por su lugar en la estructura socioeconómica). En el libro de Briand y Chapoulie sólo de modo circunstancial se hace referencia a los procesos de dominación y de dirección política que no corresponden a intereses económicos pero que son decisivos para el rumbo histórico de una sociedad. Los conflictos *de clase* por el control de la organización política y del proyecto histórico-político no reciben la atención exigible.

Como dije al principio de esta nota, el libro se desarrolla y concluye como un manual de indicaciones pragmáticas para los investigadores sociales. Este aspecto tiene su utilidad empírica, pero deja la obra en menos de lo que sus primeras cincuenta páginas permitían al lector esperar.

E. PINILLA DE LAS HERAS

RAYMOND ARON

**Le Spectateur engagé**(París: Julliard, 339 pp. + gráficos<sup>1</sup>)

1. Mi conocimiento de Raymond Aron data de los primeros días de noviembre de 1962. El *Centre de Sociologie Européenne* había organizado, en colaboración con el grupo «Nord e Sud» de la Universidad de Nápoles, un seminario internacional sobre problemas de desarrollo económico. Aron dirigió el seminario durante casi una semana con mano de hierro. Estábamos en plena crisis de los «missiles» (Cuba) y en la bahía de Nápoles los navíos de la VI Flota americana y los aviones del «Forrestal» despegando o posándose del portaviones desde que amanecía hasta la caída de la noche, eran visibles desde los pisos altos del rascacielos que nos servía de hotel y de lugar de reuniones. Por entonces yo había leído solamente dos libros de Aron, *L'opium des Intellectuels* (1955) y sus contribuciones a la obra colectiva *Colloques de Rheinfelden* (1960)<sup>2</sup>, además de algún ensayo en los

recién nacidos *Archives*. Conocí a un Aron crispado, en cuyas intervenciones alternaban su formidable rigor de lenguaje con el sarcasmo o la ironía envenenada (a veces enguantada con una oportuna cita de Weber, directamente en alemán, para hacerla menos dura, públicamente, a la intención del participante en el seminario al que iba dirigida). Por fin una mañana se nos anunció que Aron había tenido que volverse a París y el seminario prosiguió y terminó apaciblemente sus trabajos bajo la presidencia del director de «Nord e Sud», Francesco Compagna (un título profético, el de aquella revista, en la perspectiva de las relaciones internacionales veinte años después).

Empiezo con este recuerdo autobiográfico porque ya entonces se me hizo evidente que Aron podía manifestar cierta deferencia cortés hacia quienes estaban en el lado político antagonista del suyo (en aquella ocasión, un maduro economista yugoslavo, el Prof. R. Lang), pero era implacable hacia quienes, europeos y financiados con dinero de fundaciones norteamericanas, hacían equilibrios buscando terceras vías entre el capitalismo liberal y el socialismo. Había

<sup>1</sup> Este libro ha recibido el Prix Aujourd'hui 1981. Manejo una reimpresión de 1982.

<sup>2</sup> En la extensa bibliografía de Aron que figura en apéndice a *Le Spectateur engagé* no hallo citado este libro, resumen de los seminarios de Basilea-Rheinfelden que Aron dirigió en 1959 y que publicó en París (Calmann-Lévy) en 1960. Se trata de un texto importante, por los participantes (Aron, Oppenheimer, Polanyi (M.), Talmou, Postan, Hersch, Kennan, Voegelin, De Jouvenel, Morazé, Díez del Corral, Lindblom, etc.) como por las anticipaciones analíticas, en un momento en que mucha

gente creía que el keynesianismo y la prosperidad económica iban a resolver los problemas sociales y políticos no sólo en el mundo del Atlántico Norte, sino también en los países en vías de desarrollo.

que elegir entre ser un colaborador o un rebelde; y si se elegía esto último, había que estar dispuesto a pagar el precio.

Mi conocimiento *intelectual* de Aron ha sido tardío (llamo conocimiento intelectual al estudio de sus textos, la relación a solas y en frío entre la mente del lector y un pensamiento objetivado en la forma impresa, haciendo abstracción de comportamientos personales). Empecé a sentir un cierto respeto moral por Aron hacia 1965 ó 1966, cuando descubrí que era un hombre extremadamente complejo y, a pesar de su poder de decisión y de control en una red de actividades de investigación sociológica y de instituciones político-culturales, era un mandarín que no tendía instintivamente a abusar de ese poder. Su actitud era a veces tímida, y hay que decir que se separó de algunos de sus principales colaboradores cuando éstos quisieron emprender un camino teórico o ideológico propio, dejándoles una libertad que otros mandarines del mundo académico francés no han permitido a sus subordinados jerárquicos. Detrás del combatiente político había una mente sutil y muy receptiva a las diferencias intelectuales. Y este aspecto de su personalidad era más visible cuando se dirigía a públicos anglosajones que cuando usaba la artillería gruesa en los debates político-ideológicos de París; así una de sus críticas de Sartre, publicada originalmente en inglés<sup>3</sup>, o sus ensayos sobre la libertad (*Essais sur les Libertés*, Calmann-Lévy, 1965), que eran inicialmente unas conferencias dadas en la Universidad de California, constituyen testimonios de un Aron distinto del que yo había conocido en Nápoles y, desde luego, del editoria lista político de *Le Figaro*. Hoy el *Essai sur les libertés* es un título casi olvidada-

<sup>3</sup> *Men and Ideas: Sartre's Marxism*, publicado por primera vez en la revista londinense "Encounter", vol. XXIV, n.º 6, junio 1965, pp. 34-39.

do entre las grandes obras de Aron; sin embargo, no me sorprende leer en *Le Spectateur engagé* (pp. 306-307) la distinción evocativa a esa obra, singularizándola entre otras.

Luego hubo los sucesos de mayo-junio de 1968 en Francia (o más exactamente en París). Para entonces yo no había podido leer aún *Les étapes de la pensée sociologique* (París, Gallimard, 1967), un libro saqueado y plagiado por profesores de sociología a todo lo ancho del mundo y una de las mejores exposiciones de los grandes clásicos de la ciencia social. Mi apreciación de *Les étapes...* ha sido tardía. Yo había estado sumergido en un caos de preocupaciones empíricas, en Turquía, en Yugoslavia, en América Latina, y había descubierto la realidad del subdesarrollo y del imperialismo. En aquellas semanas de rebelión cultural en París y de inversión o ruptura de todos los vínculos sociales y jerárquicos, cuando tantos grupos e individuos se confundieron y se dividieron (en los dobles sentidos de estos términos), Aron se distinguió no tanto por oponerse a quienes participábamos en aquellos acontecimientos (lo que era previsible) como por negar la existencia del acontecimiento mismo. Con ocasión de un nuevo viaje a América publiqué en Buenos Aires un libro en el que creo (hoy) que hay algunos párrafos injustos con Aron. Dicho sea en arreglo de cuentas conmigo mismo, puesto que el viejo *renard* (en la taxonomía de Pareto) no va a leer esta nota.

En *Le Spectateur engagé*, Aron vuelve sobre el tema de los sucesos de mayo-junio 1968 (pp. 258-263), para negar de nuevo el acontecimiento y decirnos que no se trataba de elegir entre la sociedad civil y el Estado, puesto que la sociedad había desaparecido. (Lo que, aun aceptando la diagnosis de Aron, esto es, que la sociedad había dejado de existir, me parece precisamente un sumo y más bien insólito acontecimiento.) Obvia-

mente, si sólo existía el Estado, Aron hizo bien eligiendo lo único entonces existente. A quienes estábamos en la calle o en las asambleas nos pareció que lo que había dejado de existir, al menos por unos días, era el Estado. Es probable que ambas percepciones sean sesgadas e incorrectas; pero en todo caso aquello no fue un no-existente histórico. Otra cosa es opinar que los franceses tienen fases de delirio y que luego ellos mismos se quedan estupefactos de lo que han hecho, así en 1789 y en 1968 (Raymond Aron a Jacques Chancel en la *Radioscopie* que J. C. le hizo el 1 de octubre de 1976). Sobre esta inesperada excursión de un pensamiento riguroso, por los azarosos senderos de la psicología de los pueblos, prefiero no hacer comentarios.

Para proceder con entera honestidad intelectual debo añadir algo que aclare por qué coexiste en mí un respeto intelectual por Aron (definido por la apreciación de una mente que sabe ir «a las cosas mismas» y, dentro de esta brújula cognitiva, a lo esencial de los problemas), y simultáneamente siempre me sentí en una oposición *social* (y digo bien social, para no implicar ni la persona ni cuestiones de índole ideológica, sino más bien *los roles* reunidos en la persona). En Francia hay una élite de pensadores que son «les philosophes des Princes» (esta expresión es de Jacques Chancel en la *Radioscopie* de Aron antes citada). Nadie duda de que esa función la han alcanzado por su talento. Ahora bien, el sistema, o el *establishment*, o como se quiera llamarlo, remunera muy diferentemente talentos iguales y a hombres de una misma generación y una misma cultura u origen étnico. Cuando pienso en la cantidad de recursos organizativos puestos a la disposición de un Aron, o de un Bertrand de Jouvenel, o entre los jóvenes, de un Jacques Attali, y los comparo con la parvedad de recursos y las condiciones de

trabajo de, por ejemplo, un Lucien Goldmann, emergen ante los ojos del observador tales distancias de privilegios que resulta obligado plantearse la cuestión del «surplus» que las organizaciones del sistema institucional dan a unos talentos y no dan a otros; y no es cuestión baladí, pues la posesión de una o varias organizaciones, de su aparato técnico, sus colaboradores, documentalistas, secretarías, etc., implica que en el balance de una biografía intelectual pueda en definitiva haber 20 títulos o 200. No cabe la menor duda de que el sistema (y no simplemente el orden natural de las cosas, o el mercado) fue injusto con un talento como Goldmann, al que nunca se perdonó que hubiese elegido una opción ideológica (y científica).

Los rebeldes que quieren, o necesiten para su obra, disponer de un cierto volumen de recursos organizativos, deben recurrir, bien al mercado, bien al trabajo en la oscuridad de *un* partido político. Ahora bien, el mercado no premia el descubrimiento desinteresado de la verdad, sino el escándalo o la moda cultural (dos territorios al margen del trabajo científico), y el partido político antisistema revela, por la cantidad y pluralidad de tareas que exige del científico, que éste ha de asumir las limitaciones que conlleva tener que contribuir constantemente a decisiones políticas, no formando parte del cuerpo estricto de los decisores. En un caso, por privación de recursos necesarios, el científico social hace *menos* de lo que puede; en el otro, por dispersión de actividades, hace *más* de lo que debe en cuanto científico. El problema del científico social orientado hacia el conocimiento más que hacia la acción es, en estas condiciones, insoluble.

Leyendo *Le Spectateur engagé*, biografía intelectual y política de Aron, se observa hasta qué nivel su campo de acción se constituyó excluyendo (o liberándose) de tales problemas. Desde joven,

Aron tomó una decisión: orientar su pensamiento hacia la acción. Esto implicaba construir la acción política como objeto científico, y al hacerlo así desarrollar al mismo tiempo una acción política.

Aron ha ayudado a formar cuadros intelectuales y políticos al servicio de la sociedad liberal capitalista; les enseñó a distinguir las alternativas fundamentales, las contradicciones primarias de las secundarias; enseñó asimismo a conceptualizar los términos de las alternativas, y por tanto las decisiones; con su propio ejemplo les mostró la importancia de estar en la proximidad de los centros decisores y de diferenciar, sin embargo, al técnico del político; insistió siempre en que hay que poseer (o crear) los medios de ejecución de la decisión, sin los cuales las doctrinas, proyectos y opciones no son más que alternativas filosóficas; por último, que hay que proteger esos medios para su disponibilidad ante nuevas decisiones.

La verdad de Aron deriva de su participación en una forma particular de acción. En lugar de preguntarse cómo es posible el conocimiento, cómo se pueden ver, cómo se ven o cómo son las cosas, Aron se formuló la pregunta que es común y fundamental para el hombre político y para el historiador: qué es lo que hay que hacer (o qué es lo que había que hacer) para mantener un poder. Con esta opción, Aron eludía un subconjunto de problemas epistemológicos y doctrinarios; pues en cierto sentido, la acción es intrínsecamente verdadera; son sólo los enunciados (como decía Hobbes) los que pueden ser verdaderos o falsos.

La verdad de Aron es la verdad misma de una época y de unos regímenes: la política de poder, la construcción de historia por el uso *adecuado* del poder, en un tiempo en el que la sociedad liberal capitalista alcanzó a desarrollar el máximo de sus capacidades tanto de

creación como de destrucción; en un espacio en el cual esa sociedad estuvo además permanentemente amenazada y, en la opción de Aron, debía ser defendido.

Finalmente, la verdad de Aron es la de su moral: decir y escribir, a veces brutalmente, lo que piensa. En un mundo ideológico en el que una buena parte de la obra de los científicos sociales tiende a ser mixtificación o cosmética, Aron no se ha dejado caer en la tentación de mejorar el mundo para hacerlo más ideal, ni ha pretendido suplantar el mundo por un artefacto metafísico que daría cuenta de los sentidos ocultos del proceso histórico. Su biografía intelectual comienza con un balance de la filosofía de la historia del idealismo alemán y está en el presente momento en un escéptico realismo sobre las probabilidades de paz, lo que significa, dadas sus prioridades como combatiente político, que su tarea política incluye ahora la justificación del empleo de la fuerza. Una docena de frases en *Le Spectateur engagé* dan testimonio de ello. Transparencia política y voluntarista que tiene sus valores y su precio: Aron nunca estuvo sometido (como otros mandarines de la cloaca filosófica de París) a la compulsión de revestir de un lenguaje de izquierda filosofías de la historia idealistas. Por otra parte, comparativamente ante las sutilezas de los metafísicos, el terrenal realismo de Aron aparece como un discurso más bien rudo y arcaico.

2. *Le Spectateur engagé* está organizado en forma de diálogos. Aron ha podido de este modo estructurar y dar un ropaje original a lo que son de hecho unas memorias (o más precisamente, un híbrido de autobiografía, memorias y diálogo socrático-político). Uno de los dialogantes es particularmente brillante y lo recuerdo cuando llegó, como un joven armoricano, a la Sexta Sección de la École Pratique des Hautes Études, en el período en que la primera se plan-

teaba la secesión de la segunda para convertirse en una institución universitaria independiente. Recibíamos un día a una delegación de sociólogos rumanos, y cuando vimos que las dos solas personas que llevaban la voz cantante eran (o pretendían ser) weberianos, a Dominique Wolton se le ocurrió preguntar si no había entre ellos ningún marxista. El exuberante patrón de la delegación se volvió entonces hacia el fondo de su grupo, donde estaba, haciendo el menor bulto posible, un hombre vestido con lo que los novelistas anglosajones suelen llamar un traje azul de lampista. El sociólogo aludido salió de su silencio para decirnos que enseñaba fundamentos de marxismo-leninismo en la universidad de Cluj, y devolvió la palabra a su patrón. La correlación entre *role* y *status* era tan evidente, que los no rumanos cruzamos una mirada silenciosa y renunciamos a otras investigaciones. Las preguntas de Dominique Wolton a Aron en *Le Spectateur engagé* tienen a veces ese aire inocente. Y las respuestas de Aron son en estos casos portadoras de la reprimida irritación de quien se habituó al poder y ahora acepta dificultosamente que le sitúen en la oposición.

Tres grandes temas ordenan el libro (p. 19) y los tres son históricos: movimiento de las ideas, evolución de la sociedad francesa y de las capacidades de la clase dirigente, y los grandes acontecimientos internacionales.

Quienes estén interesados por las capillas ideológicas, y en particular las que han hecho el prestigio de París en la periferia intelectual del mundo no francés, quizá hallarán detalles que les parezcan importantes, en lo que atañe al primer tema y a las relaciones de Aron con Sartre, con M. Merleau-Ponty, con A. Camus, etc. La recuperación histórica de alguna de las grandes polémicas de los años cincuenta, no es el aspecto que despierte mi entusiasmo. Hay breves apuntes al paso, más modernos, que en-

cuentro más valiosos: por ejemplo, la confirmación (pág. 234) de que Lévi-Strauss nunca se molestó en leer a Althusser.

A mi entender lo mejor del libro es la sólida y bien trabada descripción de los acontecimientos históricos y la justificación de las actitudes de Aron ante cada uno de ellos. Aunque el autor dice que tiende a racionalizar sus argumentos y los de los demás (p. 41), esta tendencia no le lleva a distinguirse por opiniones particulares que le diferencien de un cierto contexto social. Aron no se separa de su público, o mejor dicho, de una élite minoritaria dentro de sus públicos. Su alta apreciación de Paul Reynaud parece sorprender a sus interlocutores como un descubrimiento; pero en París ha habido en los últimos decenios una pequeña minoría de personas que valoraban muy bien a Reynaud y que no necesitaron la reciente biografía del personaje, escrita por su hija, para reinscribirlo en la memoria histórica de los franceses. En general, Aron juzga sólidamente porque no juzga solo; incluso algún rasgo fugaz tiene su sentido (Caillaux, Blum, Staro, Romain Gary...). Como lo tiene el hecho de que las valoraciones positivas de los políticos se vayan haciendo más escasas a medida que nos acercamos al presente. Aron tiene la suficiente inteligencia para no contarnos un cuento a lo Milton Friedman, sobre la «elección de los valores mejores a través del mercado. El ha conocido una Europa donde existía todavía la rara especie de los aristócratas radicales (tan mal tratados por Friedman); desaparecidos estos creadores de valores alternativos a los de las clases medias, los poderes políticos de las sociedades permisivas dejan de dirigir el cambio social en un sentido orientado por valores, y se concentran en la defensa de sí mismos, en cuanto poderes, y de la anónima necesidad de los charlatanes y retóricos. Es un sistema, no unos valores, lo que tiene

que ser defendido. Si los protagonistas históricos son *ahora* unos ruines («la política extranjera es un ejercicio de truhanes o de gangsters», dice Aron en la p. 283, con una admirable ausencia de hipocresía), pero se acepta la historia que estos señores crean, entonces se hace comprensible la abdicación de la razón ante la función de la fuerza. La cantidad de párrafos que en este libro incluyen una apología de la fuerza, directa o indirectamente (por ejemplo, al enjuiciar las debilidades de algún actor histórico) (cf. pp. 35, 58, 67, 147, 154, 161, 277, 291), me parece incluso una desviación postrera del pensamiento de Aron o la acentuación de un rasgo que no era tan prominente o manifiesto en decenios anteriores. Por ello sorprende como una interpolación no justificada (quiero decir, contradictoria con gran parte del pensamiento postrero del pensamiento de Aron como progresista (p. 316) que sostiene los valores de la razón y de la ciencia. Esta afirmación me parece corresponder más bien a otra época de Aron; aquélla en que se planteaba con cierta radicalidad y honestidad el problema de la relación entre los valores y el poder y se confortaba en la afirmación de unos valores intrínsecos a la actividad del científico (lo que era, en definitiva, una manera personal de no identificarse con la tesis de la neutralidad de la ciencia) (cf. *Développement, rationalité et raison*, en «Preuves», n.º 149, julio 1963). Un hombre que nos dice ahora crudamente que quien gane la próxima guerra demostrará que el vencido era el responsable de ella (p. 291), o que el último libro que quizá escriba versa sobre el papel de la necesidad (*bêtise*) en la historia (p. 50), nos está entregando como testamento la esencia misma de un imperio que ya sólo puede ofrecer a la humanidad la división entre una minoría de superprivilegiados y el resto, el espejismo, para ese *resto* que es mayoría, de los privilegios de aquéllos, y *Strafe-ex-*

*peditionen* para quienes no se contenten con el sueño.

Con esto no quiero implicar, en modo alguno, que Aron ha devenido en este final de siglo una reedición de los teóricos de la fuerza del siglo anterior. Hay una gran distancia intelectual entre Aron y un autor que él conoce bien, como era Treitschke. En *Le Spectateur engagé* está claro que Aron pertenece a la élite que pensó el capitalismo liberal, desde el principio, como un desarrollo político y económico separado (o diferenciado) de las formas cerradas del poder en los Estados-nación. Aron sólo se ha identificado con el Estado nacional francés y su versión gaullista en los momentos de aguda crisis («he sido gaullista una semana, a finales de mayo de 1968»: página 249), cuando la alternativa era para él inaceptable. Aron ha pensado el capitalismo como un sistema mundial y no como una mal avenida estructura de Estados nacionales en luchas constantes unos con otros. En cierto modo el pensamiento de Aron enlaza con el de Benjamin Constant y el círculo de Coppet, los amigos de Madame de Stael. Decir sí al liberalismo político y económico y al código napoleónico, y decir no al Estado intervencionista y al espíritu de usurpación y de conquista. Lo que ha revelado el siglo XIX con sus imperios coloniales, y el siglo XX con las dos grandes guerras imperialistas por el reparto del mundo, es que esa disociación intelectual no se produce en los hechos. El espíritu de usurpación y conquista es una consecuencia del liberalismo económico, la transitividad tanto a escala nacional como mundial, de una lógica de la acumulación. El imperio marítimo mundial, con sus puntos de apoyo y sus técnicas de muerte, no se opone substancial sino formalmente, al viejo imperio territorial. Había, quizá, una cierta inteligencia en la idea de que las guerras entre Estados nacionales del Norte privilegiado eran guerras civiles y había que

terminar con ellas (Caillaux antes de 1914, Laval en 1939-1940). Lo que hoy demuestra la historia es que la hegemonía mundial transfiere esas guerras salvajes entre naciones y entre clases, globalizando y multiplicando los conflictos, retornando si necesario al neocolonialismo, negando la retórica de la libertad y autodeterminación de los pueblos; pues qué es, sino retórica, el principio de autodeterminación, cuando los pueblos no pueden realizarlo sin el control de sus sistemas económicos...

La *fuite en avant* de la tecnología no hace sino replantear la antinomia que ya conocieron los alemanes en los años treinta: el Reich tenía un gran desarrollo de sus fuerzas productivas, pero el comercio mundial le estaba cerrado por el proteccionismo británico, norteamericano y francés. La industria más avanzada tecnológicamente tuvo que echarse en manos de un espíritu brutal que pensaba la expansión en términos de con-

quistas territoriales; la ciencia retrocedía ante el espíritu de usurpación y conquistista en su forma más arcaica.

En estas condiciones se pierden de vista los fines últimos, y desde luego los fines asociados a valores, y la política deviene un problema de medios, de crear y mantener los instrumentos del poder y de la fuerza. Desde el Estado imperial o neocolonial hasta el último de los privilegiados, todos se ocupan de incrementar sus poderes relativos, si necesario asestando golpes a los rebeldes y a los habitantes de los *ghettos*. Los vínculos sociales reposan en la sumisión o en el espejismo. Durkheim había visto algo de todo esto (no sólo *la fragilidad de las sociedades*, como se dice en *Le Spectateur engagé*), y no es ilógica la hostilidad intelectual de Aron hacia Durkheim en un nivel profundo del análisis sociológico.

E. PINILLA DE LAS HERAS



---

# INFORMES Y ENCUESTAS DEL C.I.S